

—Ya veremos mas tarde.

—Queridos, dijo uno de los del grupo, esto me huele á conspiracion; buenas noches!

—Yo no me comprometo, agregó un segundo, y se marchó á ejemplo del primero.

—La cosa anda mal, añadió un tercero, incorporándose á la multitud.

—Cuidado con la lengua, Pedraja, y siento mucho que ya no nos podamos ver en lo de adelante; porque las delaciones están á la órden del día.

—Prudencia, chico, y haz por no encontrarme.

—Idos al demonio, exclamó Pedraja desesperado, al ver como huian sus compañeros. Me han dejado solo esos miserables ---- tienen razon, el espionaje es espantoso ---- ademas, ¿qué me importa que el caballo pise ó no el carcaj? ---- Yo no soy un espadachin ni un conspirador ---- sin embargo, estos malditos españoles no los puede ver mi alma ---- cada vez que veo salir á un condenado por la Inquisicion, la sangre me hierve como la olla de un puchero y sería capaz de ---- ¿Qué se habrá hecho Rosalía? ---- Esta vida es desesperada ---- ese demonio de capitan la tenia en sus brazos ---- vamos, que lo he matado sin saber lo que me hacia ---- Don Félix entraba en esa casa misteriosa en pos de otra dama ---- Bien pensado, fué una locura mia ---- matar á un hombre por nada ---- no, no, siempre es algo eso de que la mujer de uno, es decir, aunque no sea la verdadera, se desmaye en los brazos de un zascandil ---- Soy un bárbaro, Rosalía me ama, eso está fuera de duda; pero no me explico como ---- Dios mio! ---- Dios mio! ---- ese hombre!... ella! ---- ella! ---- Deteneos! ---- deteneos! ----

En aquel momento un capitan de los guardias del virey, tomaba el brazo á una mujer encubierta y atravesaba frente á Pedraja sin notar los gritos del estudiante.

CAPITULO XVIII.

ENTRE PARENTESIS.

I.

Recordarán nuestros lectores que Lino el mulato recibió á la hija de Treviño para conducirla á la casa de la bruja.

Efectivamente, el cómplice de la madre Paulina se dirigió con la jóven á una casa lujosamente puesta en la calle de la *Enseñanza*.

Todo el menaje era de última moda y esquisito gusto.

La casa parecia abandonada, solo se veian criados y lacayos, sin encontrar amo alguno; sin embargo, todo parecia dispuesto para recibir á una persona de alta alcurnia.

El mulato llamó á la puerta dando un número convenido de toques, y la puerta se abrió.

Rosalía precedida por el mulato subió la escalera, que tenia un magnífico alumbrado, atravesó un ancho corredor lleno de plantas y flores, y penetró en un salon ricamente amueblado.

—Esperad aquí, dijo el mulato, la señora no debe dilatar.

La jóven tomó asiento en uno de los sofás, y despues de examinar cuanto la rodeaba se fué quedando insensiblemente dormida.

Habria pasado un hora cuando una dama de aspecto grave y en cuyas facciones se revelaban aún los restos de una belleza deslumbradora, se adelantó á la jóven que dormia profundamente.

—Pobrecilla! el cansancio la ha rendido. Rosalía! Rosalía!

Despertóse la hija de Treviño y se paró violentamente.

—Señora, perdonad, me encuentro en vuestra casa sin saber como, y----

—Nada temais, una persona á quien aprecio os ha recomendado conmigo; soy conocida antigua de vuestro padre, y esta casa es vuestra.

—¿Conoceis á mi padre?

—Perfectamente, fuimos amigos en España; conocí á vuestra madre.

—Dios mio!---- mi madre!

—He sabido con verdadero sentimiento su muerte; pero el cariño de D. Manuel vuestro padre, acaso os indemnice de esa pérdida tan sensible.

—Sois un ángel!

—Me han enterado de vuestros sufrimientos y desgracias, relato que me ha conmovido dolorosamente.

—Nada puedo añadir, señora, al aceptar vuestra proteccion, sino la ardiente súplica de que me volvais al lado de mi padre.

—Yo os lo prometo, hija mia; entretanto, esta es vuestra casa, vivid, gozad, nada teneis que os inquiete; porque yo no perderé momento hasta lograr mi objeto.

—Gracias---- mil gracias, señora! dijo la jóven con el llanto sobre las mejillas.

—No me llameis señora, decidme solamente Maria, ese nombre me agrada mas.

—Es que yo os veo desde hoy como á una madre.

—Y tú serás mi hija ¿no es verdad?

La jóven se estrechó al corazon de la dama y lloró con esa expansion purísima de la gratitud.

Doña María le besó la frente y conduciéndola hasta la puerta del aposento que le habia destinado, regresó al salon.

—Es hermosa---- sí, muy hermosa---- Si supiera que yo la he tenido sobre mis rodillas---- que ella me ha acariciado; porque yo amaba á esta criatura con adoracion---- pobrecilla!... ese miserable de su padre ha querido asesinarme esta noche, ya sabrá lo que valgo---- insensato!---- jugar con el corazon de una gitana, es poner las manos sobre el fuego!---- La hora de la venganza se acerca---- Prescindir de ella seria abdicar de todo ese pasado de lágrimas y de sufrimientos---- No, adelante---- adelante!---- siento que mi espíritu se debilita---- el aspecto de esa criatura, su inocencia, su candor---- todo me habla en un lenguaje extraño á mis sentimientos---- Hace un momento cuando pensaba que la tenia en mi poder como los rehenes de mi venganza, estaba satisfecha, me preparaba á hacerla sufrir, á prolongar su tormento, á gozarme en su desgracia---- pero despues---- no, no hay duda, yo dejenero de mi raza, mi corazon se vuelve al lado de la luz---- tengo compasion de esa criatura---- y juro á Dios que la respetaré hasta el último momento!---- La he salvado del poder de su seductor, sí, la he salvado pero no para su padre---- él ignorará el paradero de su hija---- lo entrego á la desesperacion mientras llega mi dia!---- El lo ha dicho: mi sombra cae á plomo sobre su corazon, mi memoria le inquieta---- cree ver una mano oculta, que dirige los hilos de esta trama horrible que lo ha lanzado á un abismo de infortunios y de padecimientos---- La desesperacion!---- oh!---- es espantosa, roe la existencia hoja por hoja como un insecto hasta marchitarla---- ¡Dios mio! yo la he sufrido tantos años!---- mi juventud se ha marchitado con mis lágrimas---- se ha secado con mis sollozos!----

Doña María rompió en un llanto de profunda amargura.

—Sí, le he amado---- le amo todavia. Cuando despues de

tantos años me volví á encontrar en su presencia, sentí la pasión de aquellos dias de delirio; con todo, ese mundo de amor se torna en volcan de odio inestinguible.

La dama se dejó caer en los almohadones, retorciéndose en una convulsion desesperada.

Vuelta doña Maria de aquel acceso terrible, se levantó, compuso su tocado, serenó el semblante y acercándose al cordon de la campanilla, tiró de él y apareció un lacayo á la puerta de la entrada.

—¿Ha venido el capitan don Félix?

—No, señora.

—A cualquiera hora en que llame abridle y conducidle á este salon.

El lacayo inclinó la cabeza y salió.

—Es extraño que el capitan no haya parecido; estoy inquieta por saber el resultado de esa cita con la dama misteriosa... ese hombre es un calavera simpático, me ha hecho su confidente, y en verdad que me intereso demasiado por él.... Han dado las dos de la mañana.... no importa, estoy segura de que vendrá; desearia acostarme, ese infame me ha lastimado la garganta de una manera horrible.... si no he tenido serenidad para fingirme ahogada, ese miserable me estrangula.... aun siento la presión de sus dedos en la garganta; ya le pasará otro tanto.... el destino, siempre el destino!

—Veamos la carta—orden que guardé en el escapulario.

Doña María desenrolló el papel que le dió Treviño y lo leyó para sí: "Cuantas sumas están en vuestro poder, ponedlas á disposicion de la persona que os entregue esta orden.—Treviño."

—Mañana mismo haré uso de este libramiento, ese hombre paga el hospedaje de su hija.

II.

Una camarera entró violentamente en el salon.

—¿Qué pasa, Teresa?

—Hay una señora que quiere hablaros, trae á un hombre en una camilla.

—Que pase al momento.

Una dama cubierta enteramente con un velo, penetró en la estancia donde aguardaba con impaciencia doña María.

—Permitidme, señora, me excuse ante vos de presentarme á esta hora en vuestra casa.

—Hablad, señora.

—Sé que sois amiga del capitan don Félix de Quintanar.

—Es cierto.

—Pues bien, le acaban de dar una herida que pueda ser de muerte.

—Dios mio! exclamó doña María, me figuré siempre que su aventura debia traerle fatales resultados. ¿Y dónde está?

—Le traigo en una camilla.

—¿Quién os ha indicado mi casa?

—Don Félix, señora.

Doña María ordenó á sus criados que subiesen al enfermo, y con un grande esmero le colocó en uno de los departamentos de la casa, haciendo venir á un médico inmediatamente.

—Servíos, señora, dijo Amparo, escucharme un instante; quiero daros una explicacion franca y leal de mi conducta.

Al decir estas palabras se quitó el velo que le cubria el rostro.

—Ah! exclamó doña María al ver la semejanza de Amparo con la hija de Treviño.

—¿Qué os sorprende, señora?

—Nada, nada, continuad.

—Yo no quiero ocultaros mi secreto, porque mi situacion es espantosa.

—No me conceis aún; pero os advierto, que estoy dispuesta á serviros con toda lealtad; decidme vuestro nombre.

—Amparo Núñez de Clavijero.

Doña María retrocedió espantada.

—No temais que sea una aparecida, mi muerte fué una intriga política, vivo todavía.

—Coincidencia fatal! murmuró doña María.

—Ya os pondré al tanto de esta resurreccion; pero creed que estoy viva.

—Comprendo, señora, que vuestra desaparicion de la corte de Madrid, tiene un significado altamente importante; sé los celos de la reina, y este negocio, es necesario confesar que ha estado hábilmente manejado.

—El rey es el autor.

—Era el interesado.

—Es verdad.

—La mano de vuestro tío se hace sentir en este asunto.

—Señora, he sido vendida miseráblemente por don Pedro.

—Yo le conozco demasiado.

—Necesito un refugio y lo busco en vuestra casa.

—Sea en buena hora.

—Nada os quiero ocultar: el virey me requiere de amores, y al ver mi negativa avisa á la reina de mi pretendida resurreccion, sin temor á Carlos IV, que no osará destituirlo interviniendo María Luisa.

—Sosegaos, jóven, estoy acostumbrada á mayores peligros y no será este ante el que retroceda; quedaos en mi casa, nadie sabrá vuestro paradero y aquí estareis en perpetua seguridad.

—Gracias, señora, y acepto con el alma.

—Una condicion, doña Amparo.

—Hablad.

—Os exijo por nuestra mútua seguridad que don Félix no se entere de vuestra estancia en mi casa.

—Os lo prometo.

—Seguidme.

Doña María condujo á Amparo al departamento interior, dándole un aposento que, como el resto de la casa, estaba suntuosamente amueblado.

—Tomad posesion, Amparo, y descuidad por lo que venga, que todo será favorable.

Entróse doña María en su cámara, calenturienta y casi demente.

Los acontecimientos que se sucedian en una terrible rapidez la tenian perpleja.

Ya poseia á la hija de Treviño y á la sobrina de Clavijero. Las dos jóvenes podian servir á sus intenciones.

III.

Habian pasado tres meses, durante los cuales la salud del capitán don Félix se habia recobrado por completo.

El jóven calavera se volvia cálculos, y planes, y proyectos sin darse cuenta de la desaparicion de su novia.

Acudió á la casa del tío Pablo; pero la encontró desierta y no halló una sola persona que le diese noticia sobre lo que tanto ansiaba saber.

Habia buscado al estudiante Pedraja para pedirle una satisfaccion; pero al estudiante parecia habérselo tragado la tierra.

En tal situacion, comenzó á entrar en esa linterna mágica de sus recuerdos la imágen de Rosalía, mientras que la de Amparo se iba sepultando en la bruma del olvido.

—Pensando cuerdamente, decia el capitán, mi bella desconocida es una aventurera ---- estuvo á punto de costarme la vida....

qué mano tan pesada tiene ese infernal de enamorado! á poco andar me atraviesa.... no fué mala broma! darle un *paisano* una senda estocada á todo un capitan de guardias, esto pasa de castaño á oscuro. Demonio! ya me pasaba del punto, entremos.

El capitan se entró en la casa de doña María.

—La señora está ahí?

—Sí, señor.

—¿Y recibe?

—Solamente á vuesa merced.

—Está bien.

De un salto subió el tramo de la escalera y se presentó en la antesala.

—Hola! capitan, dijo doña María, os habeis desertado.

—Señora estaba en el desempeño de una comision infernal que me ha detenido mas tiempo que el necesario.

—Nunca es tarde el bien cuando llega.

—Gracias, señora.

—Tengo que presentaros á una jóven, amiga mia, á quien me han recomendado.

—Tendré mucho gusto en ello.

La puerta se abrió y Rosalía se dirigió al estrado.

Adelantóse el capitan todo perplejo, porque creia reconocer á la jóven.

—El señor capitan es mi conocido, dijo Rosalía.

—Efectivamente, he tenido ocasion de ver á la señorita en otro lugar.

—Ya me ha puesto al tanto de todo mi querida amiga, observó doña María, y de vuestro comportamiento siempre leal y caballeroso.

—Me haceis justicia.

El capitan sintió una simpatía vivísima al ver á la jóven, que bien pronto se convirtió en un amor desesperado.

—Yo guardo con el recuerdo fatal de aquella noche, la mas profunda gratitud hácia mi generoso protector.

—Estoy satisfecho, señora, con haber cumplido con mi obligacion.

—¿Y vuestra novia, capitan?

—¿Cuál de ellas? preguntó doña María.

Don Félix se halló terriblemente contrariado y apenas pudo responder.

—Serenaos, caballero, mi pregunta nada tiene de extraña.

—No, efectivamente; pero ya esas memorias me son importantes; figuraos simplemente un capricho, una aventura y nada mas.

—Luego no amábais á Amparo?

—Lo creí al principio; pero despues me desengañé de que aquella mujer estaba envuelta en una trama oscura que interpuesta entre nosotros nos alejaba para siempre.

—¿Y la olvidásteis?

—Para siempre.

Rosalía fijó sus dolientes miradas sobre el capitan, como si encontrase en sus palabras algo que la consolase.

—Sí, continuó don Félix, yo tengo un corazon ardiente, enérgico y lleno de esperanzas, que desea abrirse á los horizontes sonrosados de un porvenir todo de amor y de felicidad; porque yo me siento capaz de cuanto valor se necesita para arrostrar sacrificios y hasta la misma muerte, por conquistar el cariño de una mujer.

—Así te quiero, pensó doña María.

El capitan continuó mas exaltado:

—Yo no habia sentido hasta entónces mas ambicion que la de la gloria, ni mas goces que el de pelear y distinguirme; pero ví á aquella mujer bajo un velo de misterio que sin querer me interesó profundamente.... Me acerqué á ella, sentí que la amaba; pero su pasado me inquietó, haciendo oscurecer mi frente y mi corazon.... A fuerza de pensar en esas circunstancias, su recuerdo se ha debilitado y creo que el olvido penetra en mi alma.

—Estais seguro, capitán? preguntó doña María.

—Señora, lo estoy y mas cuando amo á otra mujer; no es mujer, es un ángel, una aparicion que recibió en su primer momento el bautismo de mi sangre.

Rosalía se puso intensamente pálida.

—¿Y quién es esa mujer que os ha encantado?

—No quiero que sea un secreto; sabed, doña María, que yo amo á vuestra amiga.

Rosalía se cubrió el rostro con las manos.

—Pero esta es una declaracion inesperada, dijo doña María.

—No importa, repuso don Félix, dejo á los corazones vulgares prepararse, estar en acecho, buscar las oportunidades é ir en pos del silencio y de la soledad; yo soy franco y leal, y lo que he dicho es verdad---- Rosalía, el corazon no nos engaña jamas, yo he leído en vuestros ojos que no os soy antipático, que conservais por mí un afecto sincero de amistad, que yo procuraré convertir en amor; porque la existencia sin ese cariño está sin luz, envuelto en las sombras de la desgracia y de la desesperacion; vos habeis soñado tambien---- olvidad como yo olvido y séamos felices.

Doña María se levantó para dejar en libertad á Rosalía de contestar la demanda del capitán.

—Espero á vuestros pies una palabra de compasion.

—Capitán, dijo al fin la jóven, sentaos y oidme.

Don Félix se aproximó mas á Rosalía.

—Habeis visto á un hombre----

—Sí, lo he visto, mas aún, he sentido su espada sobre mi pecho.

—Pues bien, si yo le olvidase, vos mismo condenaríais esta conducta.

—No, no lo creais, sé que Antonio es vuestra primera ilusion, y esos albores están destinados siempre á desaparecer ¿no es verdad?---- pero vos no sabeis de mundo, mañana se os haria insoportable lo que hoy es el cielo para vos.

—¿Y no temeis que suceda otro tanto con vuestros amores?

—No, mi cariño es el porvenir, es la existencia, el cielo tras de la tumba.

—Bien, capitán, yo os resolveré.

—No insisto mas, espero esa resolucion como el rayo de mi destino.

Don Félix tomó su sombrero y haciendo una galante caravana á la jóven, salió lleno de esperanzas, y soñando mundos de amor desconocido y de esperanzas.